
ARTICULOS

HACIA DONDE VA LA CIENCIA POLITICA *

GIOVANNI SARTORI

Cuando era estudiante, o algo por el estilo, se me enseñaba que no se hace historiografía del presente. Cada historia es contemporánea en cuanto el historiador interpreta con los ojos de su propio tiempo; pero el objeto de la historiografía es el pasado, lo que ya se ha hecho y no lo que se está haciendo. ¿Hacia dónde va la ciencia política? ¿A dónde irá? (en el futuro) no lo sé. A dónde fue en los años en los cuales la disciplina y yo hemos caminado juntos es (supongo) lo que se me pide contar e interpretar. Me han pedido, entonces, ser el historiador de mi presente. Pobre de mí. Tengo una justificación: se me pide lo casi imposible. ¿Hacia dónde va la ciencia política respecto a cuándo? ¿Cuál es el momento o punto de referencia? Iniciaré —año más año menos— desde el 1950, es decir, desde el nuevo curso que refleja en gran medida, en Italia y generalmente en Europa, la influencia americana: el afirmarse paulatino de una ciencia política entendida literalmente, es decir, esperando consolidarse como “ciencia empírica” basada en la investigación.

Los franceses, siempre celosos de todo los primados que no sean suyos, hablan a veces de ciencia política á l'américaine. El elemento esencialmente americano es el behaviourismo: elemento que había sido predecido, en los años cuarenta, por un flujo masivo de prófugos de cultura alemana. La característica de la cultura que nos llegaba desde los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, estaba justamente en esta interrelación entre la Mittleeuropa y el nuevo mundo. Cassirer y Kelsen trasplantados en los Estados Unidos, no son más Cassirer y Kelsen de la escuela de Maburgo o de Viena, aunque sigan siendo Cassirer y Kelsen. Cuando joven desembarqué (todavía se viajaba por mar) en los Estados Unidos, en 1949; el que más me interesaba en Columbia era Lazarsfeld (nacido en Viena), y el autor que más importancia tenía y que reinaba en Harvard era Carl Friedrich. Americanizándose Karl se había transformado en Carl, pero era difícil encontrar catedrático más teutónico que Friedrich. Por lo tanto, la hegemonía de la cultura americana después de la segunda guerra mundial, que por esos

* Publicado en *La Scienza Politica en Italie, Bilancio e Prospettive*, Franco Angeli, 1986.

Traducido del italiano por Chantal Signorio.

años, reemplazó la hegemonía de la cultura alemana (dominante hasta 1914 y sucesivamente destruida por Hitler) era solamente en parte producto del nuevo mundo; diría más bien que su éxito era producto del trasvasijo a una botella nueva del viejo vino europeo. En los años 1950 la "nueva cultura" venía de los Estados Unidos como sede territorial, pero era fruto de la reunión y concentración de cerebros europeos en tierra americana producto de una fuga masiva.¹

Esta aclaración se conecta con la primera observación que voy a hacer. Lo que más me extraña volviendo hacia atrás con la memoria y comparando los años cincuenta con los años ochenta, es ver cómo han desaparecido los "grandes", los grandes autores. En los años en que leía mucho y escribía poco (en vez de escribir mucho y leer poco como desgraciadamente pasa en la vejez) existían sin lugar a duda autores obligatorios, que eran absolutamente "grandes". ¿Quiénes eran? En 1980 la revista *Government and Opposition* publicó un fascículo conmemorativo destinado a "una generación del pensamiento político".² En su contribución Ralf Dahrendorf observa que en esta generación "el más cerca de los niveles de Max Weber pareciera ser Raymond Aron", y recuerda entre otros autores geniales a Daniel Bell, S.M. Lipset, Edward Shils, y concluye que los años setenta han producido, respecto a los nuevos problemas y a las nuevas fuerzas de ese decenio "nada ni siquiera parecido" a lo que había sido producido por la literatura en el período anterior.³ En el mismo número el sociólogo Julius Gould agrega a Lipset, Bell y Shils los nombres de Bendix y Smelser, para después comentar: "esperábamos que tuvieran sucesores: pero no fue así".⁴ Recientemente y por casualidad llegó a mis manos una nota de Franco Ferrarotti que incluye entre los grandes también a David Riesman, para después observar: "con una mirada retrospectiva y comparativa el panorama hoy en día se presenta gris e impresionantemente llano".⁵ Hasta aquí los nombres recordados son sociólogos (a los cuales agregaría Talcott Parsons) más que políticos, recordando (con Dahrendorf) a Raymond Aron, el amigo que Aron fue a defender en los tribunales justo antes de morir, es decir, Bertrand de Jouvenel? Si alguien me preguntara quién es el sucesor de

¹ Ver, en general, Laura Fermi: *Illustrious Immigrants: The Intellectual Migration from Europe 1930-1941*, University of Chicago Press, II ed. 1972.

² "A Generation of Political Thought", vol. 15, nn. 3-4, 1980 en *Government and Opposition*.

³ *Twenty-Five Years of Socio-Political Analysis: Notes and Reflections*, p. 314, 318 y succ.

⁴ Op. cit., pp. 390-91.

⁵ "La Ciencia Frágil", *L'Opinione*, Abril, 1984.

Ortega y Gasset, contestaría: de Jouvenel.⁶ Pero si alguien me preguntara quiénes son los sucesores de él y de Aron, me callaría. Podría agregar algún otro nombre, y se puede no estar de acuerdo sobre algunos de los citados. Pero, en el conjunto, me parece que los grandes autores de los cuales mi generación aprendió realmente, no se han reproducido.

No hay más "in re" o no logramos (Dahrendorf, Gould, Ferrarotti, yo) verlos? Quien trata la historiografía del presente no tiene la distancia y la perspectiva. Por lo tanto puede ser que también hoy en día existan grandes que hoy no vemos. Claro está que identificarlos y reconocerlos (en la "communis opinio") es difícil, por al menos dos circunstancias. La primera es la cantidad. Esporádicos manchones de árboles se han transformado en bosques; y el bosque esconde los árboles. También si en el bosque existen troncos gigantes, siguen sumergidos. No creo que de esta manera se pueda explicar mucho; pero la cantidad esconde, y esto sí que puede ser explicativo.

La segunda circunstancia es la industria cultural. Un gran autor es tal por sus libros, libros que todos encuentran y muchos leen. El "imprimidor" de antaño sabía lo que imprimía, olfateaba y tal vez hasta estimaba a los autores de éxito, y los mantenía en vida, es decir, en el mercado. Benedetto Croce era Benedetto Croce, pero sin Laterza habríamos sido menos en sentir su encanto; y si hubiese vivido hoy en día en Nueva York y hubiese caído en las manos de un editor que ocupa un rascacielo, y que tiene que publicar diez volúmenes por día, y que a su vez estuviere poseído por una multinacional farmacéutica (el ejemplo es imaginario pero son casos que se dan), en tal caso podría perfectamente suceder que de Benedetto Croce nadie se dé cuenta. Por un contador del gran editor (u, hoy en día, por su computador) sabríamos, si nos llegáramos a interesar, que un volumen con el título *Estética* fue publicado en 1.500 copias, y que 600 copias no fueron vendidas y se tuvieron que ceder al mercado del sobrante. Amén: así termina un oscuro filósofo de provincia. Dejando de lado estos fantasiosos si bien posibles escenarios, la industria cultural es antes que nada (si no exclusivamente) "industria": tiene que pagar miles de sueldos, tener en constante funcionamiento las rotativas, y producir ganancias que a su vez mantienen las cuotas accionarias en la bolsa. El editor que se transforma en industria no sabe nada sobre lo que publica; quien alguna vez vio el manuscrito ya no está más, y un pobre autor que trata de explicar a alguien, piso por piso, oficina por oficina, que su libro no vende más porque está agotado, encuentra

⁶ No objetaría, si alguien me contestase: Hannah Arendt (con relación a las espléndidas recopilaciones de ensayos reagrupados en *Between Past and Future* del 1954, y *The Human Condition* del 1958). El punto sigue siendo el mismo, que de Jouvenel y Arendt pertenecen a la misma generación.

sólo la atención de un computer que no escucha y que ha notado el 31 de diciembre una sensible caída en las copias vendidas. Es el fin. El que no existan más copias en el comercio es, para el editor, solamente motivo de complacencia financiera: el limón ha sido exprimido hasta la última gota. Bien. Ahora hay que eliminarlo. Una reimpresión no ocupa el personal, deja inutilizados a los lectores y editores y sobre todo no permite exprimir el nuevo limón —sobre el tema— que está por salir de la cadena de producción. "Mors tua vita mea". Para que la máquina funcione a pleno ritmo, el libro publicado en 1982 se mata para dejar espacio a su sucesor publicado en 1984. Exagero, creo que no. Las "reading list", la lista de lectura para los estudiantes, son cada año mi desesperación. Después de los grandes obligatorios, encontrar un buen libro, sumergidos como estamos por una selva de publicaciones mediocres (o peores), es tarea difícil. Buscando, al final uno lo encuentra. Pero es una alegría grande y al mismo tiempo efímera: después de 2 ó 3 años el libro se agota. Entonces la caza al tesoro debe volver a empezar, y el tesoro es siempre más pequeño. Es así como la industria cultural dificulta a los grandes, o por lo menos a los buenos, de crecer y de afirmarse. Asistimos —casi sin darnos cuenta ya que se ha transformado en algo común— a una gran masacre en la cual el toro de corrida termina siendo un cojo bueno y devoto.

Pregunta: ¿cómo es posible que las víctimas de un matadero tan indiscriminado se dejen tranquilamente matar? En parte es culpa de ellos. La ciencia verdadera es acumulatoria. Para hacer química no es necesario conocer la historia de la química, y para hacer física se puede empezar por sus últimos conocimientos. Pero en las ciencias "blandas" la acumulación o no existe o si existe es dudosa. Pero en el ansia de exhibir credenciales científicas, la mayoría de mis colegas más jóvenes deja creer, y quizás terminan por creerlo de verdad que el último texto, el más reciente, acumula en sí el conocimiento de los textos anteriores. La demostración de esto está en las "reading lists" de las cuales hablé más arriba. En mis trabajosas búsquedas destinadas a reemplazar los "agotados", yo inspecciono todas las listas de lectura a mi alcance. Y la gran mayoría de mis colegas se enfrenta, me parece, a la misma tigresa de la industria cultural. En la lista está el último libro, el más reciente, si bien su predecesor todavía no está agotado. Es como si el nuevo incluyese eo ipso al viejo y lo superase. Desgraciadamente no es así. Años atrás inventé la palabra "nuevitissimo"; será fea, pero dice mucho. En el hecho dice que el editor y el autor se persiguen en una falsa competencia "nuevitissima" que destruye la honesta transición del saber y premia la última estupidez de quien sabe vender humo repintado. Esta vez, lo admito, he exagerado un poco. Con los "nuevitissimos" existen también estudiosos serios; y a veces el éxito llega también a estos últimos. Falta por observar que también el buen texto del autor serio es hoy en día más perei-

ble de lo que fuera en el pasado por una razón intrínseca. Hay veces que les es necesario fundamentarse en la investigación. La ciencia viene acompañada por datos y en lo posible con datos "duros", datos cuantitativos. Pues bien, la investigación observada aquí y ahora; y cuanto más precisa es su observación, es decir su medición, más fotografía el instante que pasa. Por lo tanto, los textos que se basan en la investigación envejecen rápidamente; con unos pocos años sus datos tienen que ser puestos al día y será fácil declararlos obsoletos. ¿Es ésta una "diminutio capitis" sin remedio? No. Claro que una teoría "sin datos" es, existiendo igualdad de condiciones, menos precible que una teoría "de datos", demasiado reducida y circunscrita por los datos de que dispone. Pero el punto no es éste. El punto está en que los buenos datos presuponen una buena teoría, que un texto de relieve es tal porque su teoría supera su empiricidad, y por lo tanto el gran autor no envejece (también cuando sus datos son viejos) porque ha sabido pensar, porque la teoría resiste. Un ejemplo perfecto es la de los clásicos de la economía. La economía es ciencia empírica; el economista es adicto a los "fenómenos", a las cosas que se ven, aunque los grandes economistas se leen siempre con provecho: quien ha sido importante continúa siendo leído no por sus datos sino por su importancia.

Había iniciado por la interrogante si es verdad que los grandes no existen realmente más. Reconocí que es más difícil individualizarlos, que la industria cultural destruye ciegamente, y que el empirismo produce precibilidad. Los factores obstaculizantes existen. Pero paso a paso se ha empezado a ver cómo también nosotros, sociólogos y cientistas políticos, somos los que hemos escogido el camino equivocado. El que en la ciencia del hombre exista acumulación es un auto-engaño nefasto. Peor todavía, la relación entre teoría e investigación ha sido resuelta demasiado rápidamente, y en tanto apuro ha sido mal resuelta.

De la revolución Behaviourista pasamos con paso de gigante a la cuantificación, y el "computer" llegó en las ciencias sociales demasiado luego. En la mitad de esta carrera nos agarró el "movimiento de los '60", una revolución cultural que rompió mucho pero produjo poco. Después de haber dicho todas estas cosas negativas, me corresponde explicarlas de alguna forma.

Empiezo con la relación teoría-investigación. Después de tanta teoría sin investigación era normal, y también bueno, privilegiar la investigación —la adquisición de datos— como característica distintiva de la ciencia del hombre. Sin embargo en la fase del "empirismo crudo" los datos se comieron la teoría. La doctrina que ha sido llamada neo-baconiana⁷ considera que la ciencia emerge, ayudada

⁷ En Robert T. Holt, John E. Turner, *The Methodology of Comparative Research*, Free Press, New York, 1970, p. 58. Comparar cap. 2 (de Holt y Richardson), especialmente pp. 58-63, "A Theoretical Approach". La tesis en este caso es que son los datos los que generan la ciencia.

por la estadística, de los datos, es decir un “retorno de los datos”. Paradójicamente el noble padre de esta visión, ejemplificado por el *Cross-Polity Survey* de Banks y Textor (1963), y por el *World Handbook of Political and Social Indicators* de Russel, Alker et al. (del 1965, sucesivamente reeditado por Taylor y Hudson en 1972) fue Karl Deutsch.⁸ El empirismo puro, también en su versión neobaconiana más sofisticada, es declarado superado un poco por todos. Hoy en día la mayoría pide “más teoría”. Pero el llamado llega a un desierto en el cual no puede aferrarse. Después de habernos rehusado por demasiado tiempo a comprender que los ovacionados datos no son más que información plasmada y recolectada por “contenedores conceptuales”, ahora nos encontramos con conceptos venidos a menos, y peor aún sin “redes conceptuales” sistematizadas para la investigación y aptas a permitir la acumulación de datos.⁹ Cuando todo está dicho —habría todavía muchísimo que decir— se llega a esta desconcertante conclusión: hemos acumulado montañas caóticas de datos los cuales no solamente deberían ser sumados (si bien, con la complicidad del computador ya lo hacemos) sino que además son raramente “válidos”, es decir, no solamente no miden sino que tampoco “indican” lo que pretenden medir.¹⁰ La relación entre teoría e investigación ha sido revertida en la relación de investigación a teoría, e impuesta de esta manera, ha arruinado la teoría sin vincularla o aportar nada.

Al principio de los años setenta, después de 20 años del cambio de 1950, era ya fácil ver que la revolución behaviourista y el ansia cuantitativizante eran contraproducentes a tres niveles. Primer inconveniente: “en la medida en la cual la naturaleza de los datos (cuantitativos o no) es la que establece cuáles son los problemas, en la misma medida la ciencia de la política peligra en descubrir ‘más y más’ sobre ‘menos y menos’: de aparecer precisa, o mejor dicho exacta, sobre cosas triviales. Bienvenidos sean, por lo tanto, esos datos cuantitativos susceptibles de procesamiento estadístico; pero el hecho de ser datos expresables en números no... constituye un criterio de relevancia”. Segundo inconveniente: “las definiciones operacionales (con el fin de enlazar teoría e investigación) desarrollan la extensión o denotación de los conceptos perjudicando sus in-

⁸ Deutsch ha sido el compilador de *Problems of World Modeling: Political and Social Implications*, Ballinger, Cambridge Mass., 1977.

⁹ Ver en extenso, G. Sartori, *La Política: lógica e metodo in scienze sociali*; SugarCo, Milano, 1979, especialmente pp. 266-75. Comparar también *Parties and Party Systems*, Cambridge University Press, New York, 1976, especialmente pp. 295-98.

¹⁰ Lo mismo vale para los indicadores. A esto hay que agregar que no bastan datos válidos: es necesario también que midan características (propiedades) no-triviales del supuesto teórico sometido a verificación. Sobre este último problema tengo que citar mi contribución “Guidelines for Concept Analysis”, en G. Sartori, *Social Science Concepts: A Systematic Analysis*, Ensayo, Beverly Hills, 1984.

tenciones o connotaciones. Lo que conduce a que un operacionismo obsesivo y mal entendido atrofie la teoría, es decir, la fecundidad teórica del concepto". Tercer inconveniente: "al progresar de la ciencia hace de contrapeso el retroceso del objeto, en nuestro caso, de la política. Necesitamos datos; si vienen cuantificados es mejor; y si consisten en grandes números es todavía mejor. Pues bien, la mayoría de los datos de este tipo está constituida por los datos socio-económicos revelados por las estadísticas... (y) este tipo de información preconstituye la interpretación: de los datos económico-sociales es obligatorio extraer explicaciones del tipo económico-social. . La política se transforma en "explanandum" el cual "esplanans" es dado, y preconstituido, por datos que podríamos llamar ipo-políticos, con un bajo tenor de politicidad".¹¹

Paso a los años '60. Por lo dicho más arriba se deduce que al menos en un punto mi diagnóstico coincidía con el de los contestatarios: la "irrelevancia" de la ciencia política de tipo behaviourista. Además, un mismo éxito puede atribuirse a causas diferentes. De hecho así fue. Para los contestatarios de la segunda mitad de los años setenta, el vicio estaba en la falta de evolución (denunciada por lo demás como conservadora), y el remedio en el renacimiento de una ciencia política politizante y que valora.¹² No he aceptado nunca, y tampoco voy a empezar ahora, esta terapia. No es que yo sea un desmedido, un indisciplinado de la Wertfreiheit. Desmedido

¹¹ Cito mi capítulo "La scienza política", en *Storie delle idee politiche, economiche e sociali* (dirigida por Luidi Firpo), vol. VI, Utet, Torino, 1972, pp. 699, 703, 704, 706. Ese texto está actualmente reproducido en *La política*, op. cit., pp. 189-245 (en donde los pasajes citados son: pp. 234-35, 239-40, 241 244-45). Según G. Pasquino, en la ciencia política de los años sesenta estaba emergiendo "el paradigma de la separación, de la autonomía de lo político"; paradigma que alcanzó su punto máximo con Easton y que viene recuestionado con los hechos del 1968, de forma tal "que el punto de inicio de los años setenta es la retirada de la política". ("Desde la separación a la relevancia de la política" en Aa. Vv., *La scienza politica in Italia: materiale per un bilancio*, Quaderni Fondazione Feltrinelli, Angeli, Milano, 1984, pp. 23-25). A mi juicio no hubo ninguna separación en la política de los años sesenta. En el escrito citado explicaba "la desaparición de la política" (exactamente lo contrario de lo que afirma Pasquino) así: "El movimiento behaviourista se declara interdisciplinario, no "reduccionista"; pero incluye, quiera o no, un potencial reduccionista. No hay duda, por ejemplo, que el behaviourismo ha contribuido a la "sociologización de la política"... (*La Política* p. 242). Esto último es un tema que desarrolló a fondo en el escrito "Classi e sociologia della politica", actualmente en *Teoria dei partiti e caso italiano*, SugarCo, Milano, 1982, cap. 5. También estoy en contra de la posición de Easton, como explicaré en la nota 23.

¹² Una recompilación que representa, en los Estados Unidos, la posición de los contestados (el Caucus de la Asociación americana de ciencia política) es: Markin Surkin, Alan Wolf (comp.), *An End to Political Science: The Caucus Papers*, Basic Boos, New York, 1970.

no lo soy por naturaleza. No me voy a citar de nuevo.¹³ Y no voy a emprender una disquisición superflua sobre lo que Max Weber dijo, no dijo, o pensaba. La cuestión de los valores era, hasta la revolución romántica, la cuestión de las "pasiones". Y por más de 2000 años ha sido dicho en los más diversos lugares que las pasiones opacan y estorban el saber. Así Plutarco: "Al sol hacen sombra las nubes, al razonamiento, las pasiones". Así Hobbes: "Sin guía las pasiones son sobre todo pura locura". Así La Rochefoucauld: "La pasión vuelve torpe al más hábil de los hombres, y hábiles los más torpes". La voluntad general de Diderot y de Rousseau presuponía (si bien no era ni cognoscitiva ni general) "el silencio de las pasiones". La máxima que rige desde siempre es que la conquista del saber es "sine iara et studio". Máxima que el movimiento de los años '60 transforma. En el '69 denuncié al movimiento como "asnocracia" (poder de los ignorantes). Fue mi escrito más famoso (en *El Corriere*), que me rindió como fruto una gran cantidad de injurias, y la condena "urbi et orbi" por parte de los iluminados de la época. Pero permanecí del mismo parecer. En los '70, en relación a las "filosofías sociologizantes a la Marcuse y la escuela de Francfort" observaba que dichas filosofías "no por casualidad encontraban en Italia el entusiasmo general no solamente de los jóvenes (hasta aquí el fenómeno es generacional e universal) sino que también de los ancianos, deleitados de encontrarse de nuevo frente a los mismos pecados de su juventud, esa facilidad dialéctica, esa orgía de palabronas obscuras y esa insolencia verbal que resuelve todos los problemas en palabras. . .".¹⁴ De todo ese emborrachamiento en Italia y en otras partes actualmente sobrevive solo Habermas (lo cual no me extraña mínimamente); pero la destrucción existió, y sus consecuencias, si bien mitigadas, perduran.¹⁵

Luego de haber propinado grandes golpes de navaja de un lado para el otro, no quisiera dejar a quien me escucha con la impresión de que yo sea un nostálgico de los buenos viejos tiempos, o bien que yo reconstruyo 30 años de camino como un andar de mal en

¹³ Para mi posición e interpretación de la Weberiana "libertad del valor" ver *La Política*, op. cit., pp. 45-49 u 235-39.

¹⁴ *Antología de ciencia política* comp. por G. Sartori, Bologna, Il Mulino, 1970, "Introducción", pp. 18-19.

¹⁵ Diría que el país que fue más marcado por el movimiento de 1968 fue Alemania, en vez de Francia fue donde hubo un contraataque más eficaz. En los Estados Unidos una encuesta de 1976 indicaba que el 69% de los politólogos americanos consideraba el behaviourismo "el paradigma predominante" pero sólo el 48% se identificaba con él. La diferencia entre los dos valores puede ser leída como una erosión debida al Campus Revolution. (Con lo que no pretendo decir que la mitad de los politólogos americanos sean sus hijos y aprueben la "ciencia que evalúa"). Comparar en general John Dreijmanis, "Political Science in the United States: The Discipline and the profession", *Government and Opposition*, Spring 1983 (el cual obtuve los valores de la encuesta de 1976 en p. 209).

peor. No, en realidad, la ciencia política fue y sigue siendo algo repartido. Lo que implica que entre los dos extremos por mí criticados (la ciencia como pura observancia positivística-cuantitativa por un lado, y la no-ciencia ideologizante y filosofizante por el otro lado) existe de todas maneras una corriente intermedia, ajena a los dos excesos, que ha trabajado y continúa trabajando con seriedad y provecho. Para citar un observador que no es sospechoso (ni de influencia ni de americanismo) como S.E. Finer: "a despecho de todo, el estudio de la política está en condiciones mucho mejores que cuando yo empecé".¹⁶ Esto es cierto para Inglaterra, para Italia y para la mayoría de los países europeos. También en los Estados Unidos, en los años '50, al alero de los grandes y de las grandes universidades surgía un precipicio: la mayoría de los politólogos tenían un nivel muy modesto. Treinta años más tarde no encontramos ni eminencias ni nulidades. La profesión se ha equilibrado, y el nivel general se sitúa seguramente más alto que antes. Hoy en día la profesionalidad es sólida y el nivel medio es bueno: aunque sea también mediante uniforme.¹⁷

Volviendo desde los Estados Unidos a Italia, nosotros, dentro de nuestros límites hemos progresado netamente según la visión de Finer.

Cuando yo debuté y empecé a moverme en pro de la ciencia política era joven e ingenuo, y me parecía poseer el "knock-down argument", un argumento que te tira al suelo. Golpeando las puertas de los caciques de la época, preguntaba: ¿cómo es posible que produzcamos profesionales de pre-grado en Ciencia Política, los cuales después de haber superado veinticuatro exámenes, no saben absolutamente nada de política? Las políticas al plural no incluyen (por lo menos en 1/24 avas partes) también la política al singular. Pobre de mí, el argumento ni les llegaba. Ellos tenían el argumento que te tiraba realmente al suelo. Me contestaban: la política (lo tendrías que saber) es arte, y por lo tanto no puede ser ni ciencia, ni enseñada. Yo contestaba por lo menos en última instancia: hasta el arte se enseña: el pintor va a clases de dibujo, el músico estudia música, etc. Pero era como golpear una puerta cerrada, más bien cementada. ¿Cómo fue entonces que esa puerta finalmente se abrió? No fueron las buenas razones. No fueron los grupos de presión. Ya han pasado tantos años que la historia verdadera, lo que sucedió realmente, se puede contar (si se me permite

¹⁶ "Political Science: An Idiosyncratic Retrospect of a Putative Discipline", *Government and Opposition*, nn. 3-4, p. 362.

¹⁷ El momento de mayor importancia de la disciplina está representado por los ocho volúmenes de F.I. Greenstein y Nelson Polsby, *Handbook of Political Science*, Addison-Wesley, Reading 1975. Si la serie fue publicada en 1975, el proyecto era de diez años antes. El *Handbook* refleja, por lo tanto, una literatura de los años Cincuenta-Sesenta que precede la fase de equilibrio de la cual hablo en el texto.

americano, en forma de abanico y de manera desordenada. Refiriéndome a los años ochenta en el conjunto, y de forma breve, yo lo vería así. Primero, los Estados Unidos y Europa (Inglaterra y Francia se mantuvieron en sus posiciones anteriores) han vuelto a separarse, y no existe más, a través del Atlántico, un flujo permanente. Desde el viejo al nuevo mundo viaja solamente, o sobre todo, el marxismo. Para el resto, que representa la parte más grande, ya ni existe esa deferencia respecto a Europa que caracterizó hasta los años 1939 aproximadamente la cultura americana, ni la deferencia inversa de la nueva ciencia política europea "status nascendi" respecto a la americana. Segundo, la configuración de las relaciones entre nuevo y viejo mundo es asimétrica. Los americanos son (como lo fueron antes los ingleses) monóglotas, leen casi exclusivamente sus obras, son relativamente homogéneos y hacen continente aparte. Los europeos son fragmentarios, son políglotas, leen (sin recambio) a los americanos, y así disfrutaban de una ventaja que los americanos están perdiendo: la "cross-fertilization", la fecundación cruzada. Lo que no quita, tercero, que la mayoría de los recursos, de los números y de las Universidades que realmente funcionan a alto nivel, sigan concentradas en los Estados Unidos.²⁰

Si lo dicho hasta ahora no es inexacto, se deduce que el orden (o el desorden) está demasiado repartido para sostener una "ciencia" que tenga los requisitos para declararse tal. Una ciencia auténtica no se divide según las naciones: es, cuando existe, transnacional. Una ciencia, cuando es tal, exhibe un "mainstream", un cuerpo central; se funda en un lenguaje común "especial", y sus divisiones internas son (hasta que no ocurra una revolución, diría Kuhn, del paradigma) de escuela. La analogía más apropiada es siempre la de los economistas. Los economistas, si bien están hoy en día en pugna entre ellos, entre keynesianos, monetaristas, "supply-side" y otros, siempre se ponen de acuerdo respecto a los conceptos bases; no están obligados a empezar cada vez desde cero, declarando qué entienden por valor, costo, mercado, demanda, oferta, etc. Los politólogos, en vez, no tienen ni siquiera un lenguaje especial estabilizado. Se dejaron convencer por la doctrina (tan fabulosa como suicida) que las palabras son "convenciones" dejadas a la libre "estipulación"; no esperaron crear bases metodológicas (lo dejaron hacer en su tiempo a los Max Weber, los Lazarsfeld, los Merton); y cuando se constituyeron, treinta años atrás, como cultores de una ciencia del comportamiento se volcaron de lleno en la investigación y la

²⁰ En adjunto al artículo de Dreijmanis cit., nota 15, comparar la nueva ed. de A. Somit, J. Tanenhaus, *The Development of American Political Science*, Irvington, New York, 1982. El momento máximo del American Political Science Association ha sido, en 1971, con casi 18.000 miembros. Después de diez años, en 1981, los inscritos habían bajado a 12.000 (con seis mil estudiantes que descendían aproximadamente a dos mil), lo que de todas forma representa los tres cuartos del total mundial.

cuantificación sin antes consolidar las propias bases. Han podido caminar de todos modos, pero sobre piernas de arcilla, y ahora el arcilla muestra sus grietas.

Retomo, para explicar mejor, mi punto fijo, o por lo menos mi punto inicial: ¿cómo es posible que los grandes se hallan ido extinguiendo sin sucesores? Manteniéndonos únicamente en los politólogos, volvamos a la pregunta: ¿quién vino después de Friedrich? En América, los grandes nombres de la generación siguiente son (uno más uno menos) Robert Dahl, Gabriel Almond, David Easton y Karl Deutsch.²¹ Excluyendo a Deutsch, los otros tres no son cuantitativistas. Easton (a pesar de su profesión de fe) no es ni siquiera un behaviourista: sus dos mayores trabajos son teóricos, y se aconsejan por sus finezas analíticas.²² Significativo es el hecho que Easton es una voz en el desierto: no tuvo alumnos y la objeción de casi todos fue que su teoría era demasiado abstracta para prestarse a la investigación.²³ Dahl, en vez, cultivó y promovió la teoría empírica: pero su mejor trabajo sigue siendo *A Preface to Democratic Theory* de 1956: un texto ejemplar sobre el "análisis de las condiciones", que realmente se presta a la investigación empírica. Lo que no impide que Dahl sea autor de teoría de la democracia, del pluralismo, de las oposiciones, de "quién gobierna", y no un autor cuantitativizante. Almond es una figura "sembrante", ideante, que ha dado ideas a todos. La introducción a *The Politics of the Developing Areas* de 1960, los artículos de los años 50 hoy reagrupados en *Political Development: Essays in Heuristic Theory* (1970), hasta el capítulo que introduce *Crisis, Choice and Change* (1973) son todos escritos que han realmente lanzado y agitado la política comparada. Almond no es un autor riguroso: su discurrir es deshilado, a menudo impreciso, y lógicamente en desorden pero el ingenio es estimulante e innovador. Hablemos que Deutsch, Easton, Dahl, Almond, representan la gran politología estadounidense de formación autóctona, pero no tienen ninguna versatilidad hacia los números y estadísti-

²¹ Me limito al núcleo de derivación y extracción intradisciplinario. Los economistas (desde Buchanan y Tullock a Hirschman, por último, Mancur Olson), los matemáticos de la teoría de los juegos, así como los filósofos (con Rawls como jefe de bancada) que llegan a la política desde otras disciplinas, obviamente no están incluidos en mi discurso. También debo precisar que en la ciencia política yo incluyo la teoría política endógena (esa teoría que cada disciplina desarrolla en su interior), pero no la teoría política exógena, importada a la fuerza desde otras disciplinas. Si admitimos la importación entonces estamos huyendo el problema.

²² Me refiero a *A Framework for Political Analysis* y *Systems Analysis of Political Life*, publicados ambos en 1965. El volumen de 1953, "The political System", que ha sido el de mayor éxito, es de calidad inferior.

²³ Como se entiende, no logró atribuir el insuceso de Easton (como Pasquino, ver nota 11) en haber hasta logrado "el punto más alto de la autonomía de lo político". Si así fuese, entonces en Easton todo debería ser "withinput", y en la realidad no es así, el sistema político eastoniano recoge y procesa cualquier "input".

cas y, son y no son behaviouristas a ultranza. Deutsch publicó en vez el *Yale Political Data Program*; pero nace en Checoslovaquia, proviene de la Sudetenland, y realiza todos sus estudios universitarios en Praga, que deja en 1938 para ir a Harvard. En 1942, en el Massachusetts Institute of Technology, hace amistad con Nibert Wiener (nacido en América pero educado en Cambridge y en Gotinga) el cual ejerció —escribe Deutsch— “una profunda influencia en mi pensamiento”;²⁴ lo que se nota, ya que su libro más importante es una teoría cibernética de la política: *The Nervers of Government* (1963). Deutsch es entonces el cuantitativista del grupo; pero es el menos americano, y seguramente trae consigo, llegando a los Estados Unidos, una rica y poliédrica cultura europea que nunca abandonará. Su erudición es proverbial así como su memoria. Por lo tanto Deutsch no demuestra cuánto puede hacer un cuantitativista con sus propias piernas.

Los autores apenas recordados son, se podría decir, los últimos en su especie. ¿Cómo es posible? Mi explicación (la mejor que soy capaz de escoger) es que los primeros “especialistas” no son nunca completamente especialistas. La generación que hoy en día ha superado los sesenta procede todavía de un ámbito cultural pre-especializado. Los maestros de la generación de Dahl (el más joven de los recordados arriba) llegaron al estudio de la política desde otras áreas, enriquecidos por aportes halógenos.²⁵ Las generaciones sucesivas son siempre en vez más una incubación endógena, es decir nacida de la especialización, en una especialización siempre más estrecha y, peor todavía (sobre todo en los Estados Unidos), en un especialismo en el cual la transmisión del saber se ha atascado. Se ha atascado si todavía no se ha roto, un poco por el auto engaño del acumulo, un poco gracias al nuevitismo, un poco por culpa del estipulativismo (que desgarrar el instrumento lingüístico), y sobre todo, porque es llevado desde un cuantitativismo librado en el vacío. A esto hay que agregar, en su origen, un progresivo debilitamiento debido a diversos factores, de la escuela pre-universitaria.

Cualquier saber (conocimiento) es y debe ser racional, es decir desarrollado y organizado razonando. La capacidad razonante no es condición suficiente de adquisición del nuevo saber, pero sigue siendo condición necesaria. Quien desarrolla un argumento lleno de “non sequitur”, de vicios lógicos, de palabras indefinidas o ambi-

²⁴ En *A Generation of Political Thought*, op. cit., p. 326.

²⁵ El más americano de dichos maestros fue Merriam, alrededor del cual se desarrolló la escuela de Chicago, lo que no quita que su *Political Power* (1934) fuese, culturalmente, de derivación alemana. Arthur Bentley, fue realmente autor de cultura poliédrica (por un lado filósofo, por otro matemático, además de estar influenciado por Simmel). De todas formas, *The Process of Government* (1908) tuvo poquísima influencia hasta que fue relanzado por David Truman con *The Governmental Process* de 1951.

guas, no produce ni tampoco transmite saber: lo arruina. No digo con esto que para hacer bien hay que estudiar lógica, pero observo que una formación lógica estaba indirectamente incluida cuando en el colegio los jóvenes debían realmente estudiar el griego, el latín, sobre filosofía, y en general sobre los "clásicos". Desde después de la Segunda Guerra Mundial en adelante el colegio "disciplina", siempre menos en las disciplinas formativas, no enseña a escribir y todavía menos a pensar. Ahora, más encima que están llegando los computadores a clases, los quinceañeros pierden o perderán también el control de la mano y de los dedos (la mano prensil del homo no solamente faber sino también sapiens) a favor de la pura "digitación". Dentro de poco descubriremos que los jóvenes no tienen la necesidad de ejercitar la memoria o de recordar: total, todo está ya memorizado en la máquina. Posibilidades futuras aparte, y manteniéndonos en el punto, en los últimos decenios las universidades han acogido jóvenes siempre menos y siempre más mal entrenados a pensar, a pensar lógicamente, a razonar según las reglas de la racionalidad. Esa lógica que hasta todos los años treinta venía indirectamente incluida en la Paideia, hoy en día debiera de ser enseñada, debiera de ser presentada explícitamente. Pero no viene enseñada bajo ninguna forma, ni en la universidad. Peor todavía, en las ciencias sociales la lógica ha desaparecido, o casi, hasta en las enseñanzas que se declaran de "metodología", es decir del método del logos. La industria cultural pone en el mercado cantidades de textos que se declaran de metodología pero que se ocupan en realidad, de técnicas de investigación y de tratamiento estadístico de los datos. En la así llamada y maldecida metodología la estadística engloba logos y lógica. Y entonces, ¿cómo impresionarse si sus grandes ya no existen, y cómo impresionarse, paralelamente, de la mediatización de la disciplina en su conjunto?

Decía antes que desde el behaviourismo entramos a pasos de gigante en la cuantificación,²⁶ y que el computador llegó, para las ciencias sociales demasiado pronto. Quisiera concluir sobre estos dos puntos, que se enlazan aunque sean netamente distintos. El dicho que tienen los enemigos a ultranza hacia los números es: "quis incipit numerare incipit errare": quien empieza a contar empieza a errar. En el otro extremo está el dicho del economista Frank Kingth: "Si no estamos capacitados para medir algo, hagámoslo, es decir midámoslo de todas formas". Lord Kelvin, quien era un físico, era menos imprudente, y dijo: "Si no lo puedes medir, si no lo puedes expresar en números, tu saber es modesto e insatisfactorio". Le contestó el economista Jacob Viner: "Cuando lo puedes

²⁶ La mejor confirmación de estos pasos de gigantes está en la rápida transformación de la *American Political Review*, por más de un decenio, en una revista casi monopolizada por artículos basados en capacidad estadístico-cuantitativa.

medir, cuando lo puedes expresar en números, tu saber sigue siendo modesto e insatisfactorio". ¿Cómo resistir a la tentación de entrar en este torneo de paráfrases? Propongo una variante: "aunque lo puedas medir, si no sabes lo que mides y por qué, tu saber sigue siendo insatisfactorio".²⁷ En resumidas cuentas: ¿cuántos de qué cosas?

Cuando preguntamos "¿qué es?" es obvio que estamos usando palabras, no números. Por lo tanto la pregunta es "¿cuánto de qué cosa?". Llama la atención el hecho que la mayor parte del saber de las ciencias sociales venga expresado en lenguaje natural, cualitativo y no cuantitativo. Esto nos obliga a reflexionar sobre el estado del lenguaje y sobre la importancia del instrumento lingüístico. Siempre he dicho, hasta el cansancio, que sin un lenguaje preciso —relativamente precisado y definido— no se da ni ciencia ni conocimiento. Y no voy a repetir cuánto el estado del lenguaje es hoy en día, en las ciencias blandas, más que blando.

El punto es que en estas condiciones el encuentro de las ciencias sociales con el computador no puede más que ser desastroso. Entre seres humanos todavía es posible llegar a un entendimiento (queriéndolo) sin precisión en el lenguaje, pero entre el ser humano y la máquina no. Es más, al computador no le basta una precisión relativa: requiere de una precisión absoluta. Lo absurdo o lo irónico de nuestro tiempo es que mientras más entramos en la era de los cerebros artificiales y de la informática, menos nos hemos dado cuenta, en lo relativo a las ciencias del hombre, del imperativo lingüístico. El computador si bien es hoy un millón de veces más rápido que la mente humana, sigue siendo una máquina un millón de veces más estúpida que la mente humana. El computador simplemente obedece a las instrucciones que recibe. Para el computador no existe, no puede haber nada que tenga una segunda intención, nada de intuitivo, nada que sea obvio (sin necesidad de decirlo). Lo que indica que no permite el saber no expresado, no se ayuda de sus conocimientos anteriores, del "saber personal", y no puede automáticamente adaptar (como hace en cada instante el "homo loquax") las palabras al contexto en el cual se usan. Si las instrucciones no lo explicitan, el ordenador no hace ninguna diferencia entre "perro", animal doméstico, y "perro", constelación, entre "bueno" en sabor y "bueno" en ética. Con referencia al meticulosismo, sistemático requerimiento de la máquina, mi antigua insistencia sobre las definiciones es un ejercicio que sirve apenas para las preparatorias. Sin embargo, mis jóvenes colegas expertos en estadística, de todo esto parecieran no darse cuenta. En tanto que ellos duermen, ¡Kinlax trabaja! Por la mañana se encuentran listo un kilo o dos

²⁷ Obtuve las citaciones de Knight, Kelvin y Viner de Merton et al., "The Kelvin Dictum and Social Science", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Octubre 1984, pp. 319-31.

de listados que tienen que ser leídos con las tijeras en las manos, sobre todo con el fin de ver cuándo y cuánto tienen que cortar. Qué es lo que sucedió en la "caja negra" durante la noche no lo saben, no pueden (aunque quisieran) saberlo, y de todas formas poco importa. Así, y con estos andares, la vociferada era de la informática arriesga cada día más transformarse en la era de la desinformación, de pseudodatos y pseudoagregados que cada día más nos inundan y ahogan sin que nadie esté más en grado de reordenarlos y controlarlos. Lo repito, el computador ha llegado para nosotros demasiado pronto, y en el encuentro entre hombre y máquina esta vez es el hombre quien queda triturado.

¿Exagero? Esta vez lo admito sin duda: sí, estoy exagerando. Pero sin exageraciones las campanillas de alarma no se sienten. Y así como a veces la campanilla se escucha, así también estoy dispuesto a reconvertirme desde el pesimismo al optimismo. De lo que si estoy convencido es que la parte más grande de la ciencia política (la que veo y vivo en los Estados Unidos) no va, en los últimos diez a quince años, mejor sino peor. Y permanezco de igual modo convencido que no se necesitaría de mucho para remediar. Bastaría con darse cuenta que la debilidad nuestra hoy en día está en nuestras piernas metodológicas. Y para enderezarlas bastaría con preocuparse, bastaría con darse cuenta del problema. No se nos pide descubrir la piedra filosofal o el elixir de la vida eterna. Se necesitaría solamente que el entrenamiento del politólogo (y del sociólogo) sepa y reaccione a los vacíos producidos por los desconcertantes cambios de los últimos decenios. También el crecimiento produce descompensación; hemos crecido, ahora debemos compensar. La lógica existe, estudiémosla. El lenguaje no debe de ser inventado, mejorémoslo tomando conciencia de él. Existe un método que se encuentra en los orígenes de las técnicas estadísticas, desenterrémoslo. Hablo de cosas que se encuentran al alcance de nuestras manos. Basta con que las manos no vengán atrofiadas con la digitación, que sigan siendo prensiles y que sepan agarrar.